



SEDNEY S. SUÁREZ GORDON
Magíster en Matemáticas y escritor raizal

TOPÓLOGO LITERARIO

I

Desde otro lugar, en un chat común, alguien escribe: “Han llamado, dicen que no vendrán ni hoy ni mañana a realizarle la prueba para detectar la presencia del coronavirus en mi abuela”. Ella, sin poder percibir el tiempo por el ardor de la fiebre, cierra la ventana y pregunta: “¿por qué no han servido la cena?” Afuera, el sonido asociado a una ambulancia, imitando la ferocidad del sonido, contra el sol del mediodía los perros ladran agitados. Alguien desde más adentro exclama, “es que es muy arriba”.

II

¿Qué sucede al analizar un objeto situado, contrario a lo habitual, si adrede, estos objetos no están en un espacio platónico, sino que están posicionados, en relación con los otros? ¿Qué nos identifica, el origen o la posición respecto al origen? ¿Importa acaso el lugar donde se estudia el objeto situado?

III

“Un jinete apareció en el camino cabalgando vertiginosamente. De repente sonó un disparo, cerca y sin embargo lejos, como si el viento lo hubiese estirado y desgarrado hasta formar un remolino y deshacerlo al instante”. Así, sin concesiones, inicia *Palace of the Peacock* del guyanés Wilson Harris. La descripción que hace Harris del disparo, que mata dos veces al jinete, es lo que quiero subrayar de este pasaje. Un espacio con una topología contraria a nuestro mundo euclidiano: allí las cosas se estiran, se distorsionan se acercan y se alejan, pero no se rompen, se identifican.

Harris nos advierte, el paisaje no es solo un escenario, no es pasivo. Es un personaje cuyo influjo y poder siempre están presentes.

IV

Inserte aquí dos imágenes. Una de pistolero sobre el borde de una banda de Möbius. Otra, el mismo pistolero sobre el complejo simplicial de la banda de Möbius. Dispara al horizonte.

V

El 30 de mayo de 2018 escribí en mi muro de Facebook: “¿Alguien en medio de todo este caos se ha encontrado con *Palace of the Peacock* de Wilson Harris? Si alguno de ustedes sabe algo, por favor, ¿me podría decir donde está? Lo necesito con cierta urgencia”. Fue en vano, lo último que escuché fue la voz de un librero que me dijo sin un dejo de compasión: “Eso no se lee aquí. Tiene que comprarlo por Amazon o ir hasta la mismísima Guyana”. Volver a su lugar de origen.

Y ahí estaba yo mal situado, alejado de lo cercano, cercano a lo alejado. Pero no me dejé amilanar, con algo de sorna conseguí una copia de *Palace of the Peacock* y, punto seguido, me sumergí. Era lo que creía, pero no escrito desde donde yo creía. Hombres afanados y torturados por encontrar el origen, remontan un río para descubrir su propia identidad. Como en todo proyecto excesivo mueren en la búsqueda.

VI

Inserte aquí una fotocopia del libro en una botella de Klein, escriba *Palace of the Peacock* en una representación simplicial de la Botella de Klein, indique “Irreducible Triangulations of the Klein Bottle Department of Mathematics, Central China Normal University, Wuhan, Hubei 430070, People’s Republic of China”.

VII

Todos están huyendo. Cada día leo y escucho historias de ciudadanos que decidieron escapar a la muerte y al encierro. La periferia es el destino. Usan todos los medios que tienen a su alcance. Abuelos que nunca visitaban, fincas abandonadas, automóviles, camiones, bicicletas y un sinnúmero de excusas.

Arriba, en la periferia, mueren arrasados, los pulmones simplemente colapsan y no se puede respirar. Los sobrevivientes dicen que es un constante ahogo, que a veces se pierde el olfato, el gusto, duelen los huesos a la luz del sol. No hay descanso de las fiebres alucinantes. Otros solo sienten un leve dolor de cabeza, un dolor de garganta. Nadie, como ha sido siempre, sabe a quién elegirá el ángel de la muerte, pero ahora que hemos sido condenados a no movernos, a mantener un lugar y no evadirnos, el encuentro con la muerte que nos halla en reposo y no en movimiento, descalabra nuestra realidad.

Suena una contestadora. Después de esperar veinte minutos en línea, una voz repite: “Tardarán en llegar, está muy lejos y todas las ambulancias están ocupadas, allá hay muchos casos y no tenemos suficiente personal. Hacemos lo que podemos”.

Cerca de donde suena el teléfono hay un centro de salud que está lejos de tener lo que se necesita para resistir. Cerca y sin embargo lejos.

Es preciso volver a casa.

VIII

El autor, al escribir, regula cómo fluye hacia el lector la información que posee cada personaje, al decidir qué aspectos de la narración de cada protagonista oculta o presenta, construye entre silencios y miradas uno de los múltiples caminos o versiones que toma el relato. Ahora, si quisiéramos deformar continuamente una versión del relato en otra, ¿qué sucede? Aparecerían preguntas, ¿qué se repite en ambas versiones? ¿Qué aspectos del relato persisten en la deformación, el tiempo, el lugar, quien relata?

No vamos a pernoctar en todas esas preguntas, solo en la primera. La homotopía es la noción topológica por la que quisiéramos preguntarnos. La palabra homotopía significa, literalmente, lugar similar, siempre se define en relación, es como los verbos transitivos que precisan de dos sujetos, la homotopía, en nuestro caso, habla de la acción, del desplazamiento, del cambio continuo de un objeto para ir a otro similar, volver al otro aledaño.

IX

Introducir aquí dibujo de homotopía moviéndose desde el palacio del pavo real a la pandemia. O un dibujo de un haz o sección deformándose en otro.

X

En un momento de la narración del viaje en *Palace of the Peacock* el observador nos dice: “El reflejo incesante de sí mismos en los otros les hacía verse en todas partes, menos donde pensaban que habían estado siempre”. Wilson, que en vida afirmó que su técnica escritural era la ficción cuántica, utiliza una metáfora para hablarnos de la metáfora misma. El reflejo de la imagen de aquel que está situado hace que ella se deforme, se vuelva contigua a donde cree que está, todas se atraen y todas se repelen. Es decir, la homotopía es otro nombre para la metáfora.

Esta búsqueda incesante del lugar, del origen, de la posición inicial, de donde emana todo, lleva a un absurdo, regresar linealmente en nuestra historia repleta de mirillas, silencios y erratas solo conduce a la muerte. No en vano el protagonista de la novela muere tres veces. Muere de formas diferentes, pero siempre en eventos contiguos. El libro es el camino homotópico entre la vida y las múltiples muertes que nos aguardan en nuestro excesivo proyecto de arrasar la experiencia.

XI

Yo también necesito un boleto a casa, remontar el río para ir hacia la luz que es el mar. Hace mucho tiempo que todos han vuelto y yo no he podido. ¿Qué se interpone en mi camino?

El ojo y la ventana por las que yo miraba se abrían ahora. En lo alto del farallón del cielo, me vi replicado. En el vidrio polarizado que hacía de pared del lugar donde me encontraba. Debían hacerme la prueba para saber si el virus me había tomado por huésped. Replicado y distorsionado, me pregunto si ya no se ha deformado demasiado la realidad. Cómo alguien con un termómetro y una escarapela, lo impar que avala su poder, legisla y regula mi entrada al único lugar que puede, según la ley, constatar si tengo el virus o no. Su voz se escucha alejada y cercana, repite una y otra vez como disparando: “solo los que tienen una orden pueden entrar, si no tienen la orden, no lo podemos atender”. Un pequeño tirano que ejecuta su inútil orden. Al igual que el monarca que azotaba el mar, este detiene el virus con un papel impreso en una impresora láser por doscientos pesos. Aquí afuera arrecia el frío, son las seis de la mañana y sin la prueba no podré viajar.

Han llamado, cuando me acerco sin la orden, descubro lo que para mí es tragedia y para el pequeño tirano trivialidad. No podré viajar a ver a mi abuela porque el que legisla sobre mi lugar dice que, para volver a casa, debo ir a un lugar repleto de contagiados para que me digan que no estoy contagiado. Sin una prueba tomada con un tiempo inferior a 48 horas estaré separado de mi familia para toda la vida. Hay tantas preguntas, pero remontarlas es inocuo. Un arvevado topólogo literario dirá que al igual que entre yo y el libro, entre mi cuerpo y mi hogar, hay una singularidad no removible.

No hay homotopía posible que me lleve a casa.

Si muero lejos de casa no podré estar enterrado en mi lugar de origen. O ¿ese no-lugar siempre fue nuestro lugar? Cambió el narrador de nuestro relato y ahora encontramos esta revelación. ¿Nuestro destino es el no lugar, la no identificación?

XII

Aquí, situado al frente de la ventana, descubro junto a usted, al igual que Donne el protagonista de *Palace of the Peacock*, que sin importar nuestro lugar de origen, abolengo o identidad, nuestra inescapable condena es el aplazamiento del fin, irremediablemente cercano, no importa cuantas veces remontemos la vida, ese furioso y agitado torrente que se opone a la condena. En el momento previo a la muerte pienso en los libros no leídos, pero más en los leídos, esas otras vidas vividas para ver la nuestra en su crepitar fulgurante. Cómo nos mueven continuamente, nos desubican, nos interpelan, se me viene otro susurro de *Palace*. “Los signos del tumulto murieron en la luz del animal y solo quedaron las estrellas abarrotándolo todo [...] El carpintero miraba sin ver la tambaleante oscuridad humana que seguía esparciéndose y avanzando por el mundo. Suavemente, cerró la ventana”. Al frente en tu celular desde otro lugar, en un chat común, alguien escribe: Han llamado. ■